

El arte en la economía neoliberal

En un encuentro de compositores en la ciudad de Morelia, México, en julio de 1992, los músicos allí presentes redactamos un Manifiesto para que fuese entregado a los medios de comunicación de sus respectivos países, empleando los canales personales de cada uno, con el fin de expresar la enorme preocupación respecto a que "los gobiernos se desentienden o se han desentendido de obligaciones y responsabilidades frente a sus propios pueblos al suprimir o restar importancia a servicios culturales afectados por supuestas prioridades económicas" y hacer ver "que estos servicios son indispensables para el desarrollo de las expresiones musicales de nuestros países, frente a los productos comerciales locales y foráneos". Han pasado cuatro años y por cierto no ha cambiado la situación y aun podría decirse que ha empeorado. Al margen que estas acciones la mayoría de las veces son líricas para los oídos sordos de los gobiernos, teníamos entonces el imperativo ético de alzar la voz por nuestra profesión. Ese imperativo es hoy día mayor, debido a la nueva posición adoptada por la mayoría de nuestros países al asumir la economía de libre mercado con sus implicaciones a nivel mundial. Urge en el presente comprender las variaciones que afectan al arte y especialmente a la música, en los parámetros de la economía neoliberal y replantear la función del estado frente a la creación, la difusión y la promoción de la música.

"El estado no canta ni baila" dijo un Ministro de Educación del Perú, para establecer que el estado no tendría por qué intervenir en el sostenimiento de los elencos artísticos que dependían hasta ese entonces de él. Era el anuncio oficial de los nuevos tiempos que se avecinaban, aunque esa frase bochornosa no significó un cambio radical hasta hoy. Pero ahora es cada vez más claro que el estado

tiende a que las opciones futuras del arte y de la música estén sujetas exclusivamente a la ley de oferta y demanda. Es decir, se pretende dejar a la sociedad la responsabilidad de asumir, de acuerdo a sus necesidades y sobre todo a sus gustos, el uso de los valores estéticos que más le acomoden. En esta situación, el nuevo empresario emergente es, en realidad, el que consumirá —y digo consumirá— el arte.

Si bien esta realidad es parte de la historia del arte, la música por su propia especificidad necesita de una infraestructura que sólo el estado sería capaz de otorgar. ¿Qué entidad podría sostener permanentemente una orquesta sinfónica o un conservatorio en nuestros países? Saturno no puede devorar a sus hijos. El estado tiene la obligación de regular las distorsiones del mercado que puedan producirse y que perjudiquen a la sociedad, como es el caso de los monopolios y oligopolios, como competencia imperfecta. Existe, pues, el "bien común" como principio considerado dentro de la estructura de la economía actual. Y sobre esta premisa, la cultura es un bien común de la sociedad y como tal debe ser considerada. El estado tiene el deber de ponerla al servicio de la comunidad, pues no sólo debe ser su preocupación el bien material, sino también los bienes espirituales, porque la cultura determina la "identidad de los pueblos y forja su personalidad histórica. Dentro de ella, el arte en todas sus formas y expresiones es la concreción de ese espíritu en su sentido social-histórico", como fundamenta el citado manifiesto de Morelia. Sin embargo, los gobiernos de turno, con mentalidad puramente economicista, desdennan aquello que no es prioritario en su escala de valores factuales y son renuentes a comprender el rol e importancia del arte en la sociedad, aunque sólo sea como balance al mercantilismo distorsionador. Al decir del compositor chileno Gabriel Matthey ese mercantilismo convierte a la sociedad en "menos humana por su masificación, donde la diversidad se transforma en uniformidad, donde las necesidades y demandas son manejadas por el propio mercado y los seres humanos pierden todo espacio real de participación, transformándose en esclavos".

Se trata de un carácter general de nuestra época frente al cual el Manifiesto de Morelia, y todos aquellos que podrían venir en el futuro, no tendrán efecto. Puedo aparecer dentro de un pesimismo generalizado, pero más bien diría que estoy dentro del escepticismo crítico de artistas de hoy. Hablo de escepticismo, no de derrotismo, pues proseguir en la tarea creativa implica una demostración de fe en la capacidad de subsistencia del arte auténtico que, como otras veces en la historia, volverá a recuperar los lugares de los que viene siendo desplazado.

En el panorama de los medios de comunicación, la televisión es una ausente de la cultura y diría que es la fuente de su devaluación. No hay medio más enajenado y distorsionador de los valores. En muchos de nuestros países el estado tiene un canal oficial, como es el caso de Perú, lo que no impide, que esté al servicio de lo comercial y solamente ofrezca un programa de misceláneas culturales, de apenas una hora cada semana. La falta de una política cultural desperdicia las posibilidades inmensas que podría tener la incorporación en programas de difusión, de la orquesta y los elencos de danza y teatro que, en el caso peruano, pertenecen a entidades oficiales. Y la razón es que hoy en día se le exige a las instituciones de la cultura que busquen sus propios recursos. La orquesta, el ballet y el teatro deben ser empresarios y publicistas, en desmedro de lo artístico, para poder realizar sus presentaciones, lo cual lleva obviamente a estar a merced del gusto y exigencia del grueso público o del patrocinador, cuyos programas deben obtener, en primer lugar, dinero. Es ésta la causa de la decadencia actual de las programaciones de conciertos, de los espectáculos de ballet y, en fin, de todos los elencos oficiales.

El mundo actual está inundado de música. En el lugar que nos encontremos estará sonando alguna grabación que la mayoría de las veces no escuchamos. Esto trae consigo una saturación sonora que afecta la apreciación interna y consciente de las grandes obras y más de aquellas que se nos presentan por primera vez. Esta situación se agrava a causa del papel que desempeñan los intereses económicos en la difusión de la música en general. La industria discográfica de carácter transnacional, al inventar falsos valores musicales con exclusivos criterios de mercancía, crea la necesidad de su consumo por el gran público. También en el terreno de la música docta, se busca la primacía de lo fácilmente vendible, otorgando determinado período musical o al cantante de multitudes con el repertorio mauido de costumbre, o al director de orquesta famoso, conformando un gusto dudoso en el aficionado. Los productos elaborados de la música comercial llegan principalmente a la juventud, que no tiene ningún criterio valorativo porque en la educación escolar, con las adopciones tecnocráticas y pragmáticas actuales, por lo menos en el Perú, se ha suprimido la enseñanza de la música y del canto coral, perdiéndose una herramienta fundamental en la formación humanística del educando.

La producción de discos de música académica latinoamericana, tanto de los compositores del pasado como los actualmente vivos, es sumamente escasa. Los gobiernos, muchos de ellos sin una política cultural clara y coherente, no ven que la música de sus compositores representa un patrimonio cultural que debe ser difundido y conservado en centros especializados. Actualmente, con los medios técnicos con que se cuenta, con un mínimo esfuerzo y costo podría estarse editando permanentemente en discos la música nacional del país.

Podemos decir a manera de conclusión: (a) que dentro de los lineamientos de una política neoliberal, los estados en la mayoría de los casos desatienden o soslayan sus obligaciones de prestar los servicios culturales indispensables, declinándolos a la empresa privada; (b) que la acción en una economía de libre mercado no necesariamente los exime de reglamentar las "distorsiones" de este mercado, de acuerdo a su propia filosofía, donde se encuentra el arte; (c) que subsiste el prejuicio de que toda "política cultural" implica un intervencionismo del estado de carácter político, a la manera de situaciones pasadas ya trascendidas, y que a modo de justificación se dice que el estado es un mal administrador; (d) que no existe por lo tanto una "política cultural" clara y coherente de parte del estado, el que pierde así recursos humanos y de infraestructura; (e) que éste no utiliza los medios de comunicación para realizar una labor de difusión y promoción del arte —especialmente en la televisión—, que se encuentra sumida en una distorsionada cosificación del ser humano y cuyo interés supremo es el mercantilismo; (f) que la música está liberada a su propia suerte en la demanda del mercado, que por desgracia en nuestros países, por la situación de inestabilidad económico-social endémica, sólo llega a ciertos sectores de la población.

Finalmente, vuelvo a repetir que seguiremos bregando para recuperar el verdadero sentido del arte musical, porque al final de cuentas la creación estética es inteligencia en sumo grado. Y con ello llegará "el siglo de las luces" para aprender de nuevo a ser humanos.

Celso Garrido-Lecra

Cultura musical y neoliberalismo

El neoliberalismo en los países latinoamericanos tiende a tratar como mercancía todos los ámbitos de la cultura humana. El estado restringe su rol de asignar recursos y asume el de un garante de las leyes del mercado. En este modelo, las instituciones dedicadas a la cultura musical invierten energías en gestionar recursos y comercializar servicios para financiarse. Surge la pregunta si esto es bueno para la vida musical; si esto contribuye a que la música forme parte de nuestra identidad espiritual y soberanía cultural.

Como lo postula el listado siguiente, el paso de una política cultural estatal a una neoliberal significa el paso del protagonismo cultural de la elite al protagonismo de la multitud. En mi opinión, el bien de la música está en la complementación de estos polos del cuerpo social.

Política cultural estatal

Propuestas provienen de una elite ilustrada sobre la base de una ideología¹.

Existe un examen ético y estético de contenidos de las propuestas.

Protege la actividad cultural local y la identidad cultural.

Política cultural neoliberal

Propuestas provienen del ámbito multitudinario apoyado por la industria de los medios de comunicación.

Existe un examen de impacto público de las propuestas. Contenidos determinados por "estudios de mercado".

Promueve la proyección de la cultura local en ámbitos externos y la globalización de la cultura.

¹La polaridad "elite-multitud" se usa para distinguir a los protagonistas del quehacer artístico cultural en su diverso nivel de formación disciplinaria.